

## Noticias del Fondo Greimas de Semiótica

### Presentación

Como inicio de esta entrega de "Noticias", queremos dar a conocer un hecho relevante que ha surgido, en gran parte, como proyección del fondo bibliográfico que sustenta esta sesión de *Tópicos*. El 19 de junio pasado se fundó en Puebla, mediante el convenio que la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla mantiene con la Universidad de Limoges, la Cátedra Greimas. La inauguración estuvo a cargo de la Rectoría de la BUAP con el pleno de las autoridades universitarias y los dos responsables del convenio: Raúl Dorra y Jacques Fontanille. Este último, representante de la Universidad de Limoges, se encontraba en nuestra casa de estudios impartiendo, justamente, el curso inaugural de la Cátedra. Este seminario, al que asistieron 135 profesores y estudiantes de diversos estados mexicanos, tuvo como tema "Semiótica del discurso", título del último libro de Fontanille en español, reseñado en nuestra sesión anterior por su propio traductor, Oscar Quezada Macchiavello, y que fuera el texto básico para el dictado de las clases. La creación de esta Cátedra, permite una mayor cobertura institucional a los seminarios de especialización en semiótica que en la línea de la Escuela de París hemos venido organizando desde hace ya varios años, los cuales han sido impartidos por Eric Landowski, François Rastier, Michel Arrivé, Claude Zilberberg, Jean-Marie Floch, Roberto

Flores Ortíz y el propio Jacques Fontanille. En el mismo sentido, hemos contado con otras visitas académicas, algunas prolongadas, como las de Enrique Ballón Aguirre, y, otras más breves pero igualmente fructíferas, como las de Paolo Fabbri, Louis Panier y Per Aage Brandt. Todos estos nombres —a los que iremos agregando muchos más con el afán de consolidar nuestras investigaciones y reforzar la docencia— significan hoy teorías autónomas y con una impronta propia, que se gestaron y se agruparon en torno a una vigorosa personalidad moral y científica. La fundación de la Cátedra Greimas responde a esa vocación, que tal tradición nos delega, por construir espacios académicos sólidos que, por lo mismo, dan lugar a la crítica, a la controversia y a la creación de nuevas corrientes en el pensamiento semiótico.

En cuanto a los libros sobre los que en esta oportunidad deseamos llamar la atención del lector, se encuentran *El discurso como práctica. Lugares desde donde se escribe la historia*, de Ricardo L. Costa y Danuta T. Mozejko y *Naderías entretrejidas*, de César González Ochoa. Los autores y los temas forman parte del diálogo que mantenemos vivo en nuestro Seminario gracias a los aportes como éstos y al ánimo edificante por compartirlos y discutirlos. A quienes hemos solicitado las reseñas le dejamos ahora la palabra, no sin antes decir que Susana A. C. Rodríguez es profesora e investigadora de la Universidad Nacional de Salta y que Verónica Estay Stange pertenece al grupo de jóvenes estudiosos que se reúnen en torno al Seminario de Estudios de la Significación.

Luisa Ruiz Moreno

## Reseñas

Ricardo L. Costa y Danuta T. Mozejko. *El discurso como práctica. Lugares desde donde se escribe la historia*. Rosario (Argentina): Homo Sapiens Ediciones, 2001, 155 pp.

Este libro es el resultado de varios años de trabajo de investigación interdisciplinaria. Paolo Fabbri, en *El giro semiótico* (Barcelona: Gedisa, 2000) dice que “las tarjetas de invitación a un problema o un asunto nuevo están escritas en la lengua de la propia disciplina” (p.60) y acota, no sin ironía, que si eso se elude tenemos que conformarnos con las “actividades interdisciplinarias”, reuniones de personas que no se entienden pues carecen de un lenguaje común. Costa y Mozejko desafían, en la “Introducción” de su libro, la interdicción que pesa sobre el posible diálogo interdisciplinario, pues a partir de un *corpus* que proviene del discurso histórico localizan un problema teórico-metodológico cual es el carácter de la relación entre discurso y sociedad, a partir de la confluencia de dos disciplinas: el análisis del discurso y la sociología. Advierten sobre algunas deficiencias que ambas muestran al tratar las relaciones entre discurso y sociedad, que los llevaron a plantear dos dimensiones:

- la incidencia de las condiciones sociales en la formación de sentidos en la producción y recepción de los discursos;
- la influencia de los discursos en la recepción, tanto para reforzar los procesos de imposición de sentido como de generación de otras prácticas sociales.

A fin de realizar el análisis de las condiciones en las cuales se da el proceso de producción de prácticas discursivas, cuyas marcas, especialmente las de enunciación, se leen en los textos, los investigadores debieron descentrar la noción de texto *auto-suficiente* y colocar en su lugar la del *discurso como práctica*.

Entenderlo de tal modo, como proceso social y de enunciación, les permite hablar del sujeto que produce el discurso, de las condiciones en las que trabaja y del sujeto de la enunciación.

La *interface* entre la semiótica presupuesta en la teoría del discurso que manejan los autores y la sociología, se constituye en eje para el análisis de las prácticas discursivas. Nos referimos a la construcción, a partir de conceptos tales como *lugar* y *competencia*, del sujeto como agente social. Concomitante a dicha construcción, la del enunciador en relación con las normas institucionales, con los enunciatarios, con el enunciado y con los otros enunciadores, fue la estrategia que desarrollaron para realizar el análisis textual del *corpus*.

Según estos procedimientos, se precisa la relación entre sociedad y discurso en términos de coherencia, considerando la competencia del agente social y las características propias del discurso. Como lo explicitan los autores, el objetivo escapa a cualquier pretensión de validez como discurso histórico o ético, consiste en hacer un aporte para “entender las prácticas discursivas en relación con los sujetos que las producen y los procesos sociales de los que forman parte” (p.10).

A lo largo de seis capítulos, Costa-Mozejko desarrollan cada uno de los problemas condensados de manera didáctica en la introducción referida. Con rigor y claridad conceptual abordan la construcción teórica del lugar desde donde hablan los agentes sociales involucrados en prácticas discursivas (capítulo uno); “La práctica de naturalizar lo social” (capítulo dos); la coherencia y los trazos de identidad delineados en el discurso (capítulo tres); el rol de las relaciones de poder en el ámbito de las prácticas discursivas (capítulo cuatro); las diferencias conceptuales en relación al “autor del discurso” que surgen de la confrontación de posturas como las de Lucien Goldmann, Pierre Bourdieu y la suya propia (capítulo cinco) y la importancia de la distinción entre intertextualidad e interdiscursividad (Marc Angenot) para la consideración de “la circulación de los discursos” (capítulo seis).

Estimamos que el primer capítulo “Prácticas discursivas” y el cuarto, “Poder hacer(se) historia” son los que revisten mayor densidad conceptual en el diálogo establecido con el *corpus* seleccionado. Dicho *corpus* tiene un interés especial para la historiografía latinoamericana, pues consiste en la *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana* de Bartolomé Mitre (*corpus* central) y la disputa entre Vicente F. López y Bartolomé Mitre en torno a las maneras de hacer historia, a propósito de la construcción de la figura de Martín Miguel de Güemes (capítulo cinco).

En el capítulo uno se argumenta en torno al discurso en cuanto práctica y como proceso, pues esto permite al investigador analizar el problema de las condiciones sociales en las que tiene concreción el proceso de producción discursiva. Considerar al discurso como práctica ayuda a desplazar la focalización a la construcción del agente social y su competencia. Cuando se explicitan las estrategias del análisis textual también se remarca la construcción relacional del enunciador.

Se define así una doble estrategia de las prácticas discursivas: agente social y enunciador, definiendo la relación entre ambas dimensiones como “de coherencia”.

En el primer párrafo se configuran las características de la construcción del agente social. Según los autores, su definición está dada por el lugar donde actúa. Retoman la noción de *lugar antropológico* de Marc Augé y rescatan el lugar de identidad, relacional e histórico, porque es *el lugar* el que define la identidad del agente social, determina lo que le es propio y hasta dónde llega su competencia. Separándose de Augé, los autores caracterizan la competencia del agente social como poder hacer, capacidad diferenciada de relación y orientación de dicha capacidad.

Con respecto a la capacidad diferenciada de relación se apoyan en la lógica de la relación con los medios de producción (Marx), pues entienden que el capital es un concepto relacional que advierte sobre las capacidades diferenciadas de relación en

términos de explotación y dominación. Admiten que para comprender prácticas sociales como las discursivas es necesario observar los factores objetivos que capacitan a los agentes sociales para la acción, sus posiciones son relativas, surgen del control diferenciado de recursos (Bourdieu). De tal modo, la construcción del agente social permite expulsar al autor empírico, pues define a aquél su posición en el sistema de relaciones a través del discurso. Los agentes sociales se posicionan en un sistema en el que se disputan el control del sentido.

En el orden de su argumentación no se nos escapa el valor que tiene la calificación de relacional para la definición de la competencia de acción de los agentes sociales, lo que distingue sus posiciones es el control diferenciado de recursos, por ende, dicha capacidad de acción es relativa. Las prácticas discursivas son una muestra del uso que los agentes sociales hacen de su espacio de posibilidades. Se llega así a constatar que la capacidad diferenciada de relación de los agentes sociales tiene un doble carácter: de construcción y de relatividad.

Además, cuando las prácticas discursivas se objetivan en un texto surge la necesidad de mostrar el lugar del agente (pues es su principio de definición) social y como competencia para la acción.

En el segundo párrafo se desarrolla el concepto de enunciación. Se la entiende, en la tradición teórica de Benveniste y Greimas, como un "hacer ser", programa de acción de un sujeto competente para provocar un cambio en el receptor. El enunciador, apoyándose en la construcción de una competencia específica, elabora su propio simulacro y el del enunciatario. Los autores, avocados a la práctica discursiva histórica relevan la competencia cognitiva y verbal del yo de la enunciación, al mismo tiempo que muestran cómo las estrategias utilizadas por el enunciador para construir su competencia condicionan el reconocimiento de un tú (aspecto contractual).

La complejidad del lugar del enunciador, que se construye no sólo como instancia diferente al enunciado y al enunciatario,

sino en la relación con otros enunciadores, es resuelta de modo magistral por los investigadores. Proponen el lugar del enunciador como una entidad diferencial que se construye en una "encrucijada de oposiciones": yo versus otros yo; enunciador versus enunciado; enunciador versus enunciatario y yo versus normas institucionales. De tal modo que el enunciado puede ser leído como el resultado de la opción del sujeto de cara a formaciones discursivas y géneros propios de una cultura y frente a las relaciones con otros enunciadores evocados por el enunciado.

En la relación de oposición entre yo/enunciado, Costa-Mozejko toman en cuenta las postulaciones de Kerbrat Orecchioni, Genette, Parret y Filinich concentradas en diferentes categorías, pero agregan las opciones que el sujeto de la enunciación realiza en el nivel discursivo: figuras retóricas, supresiones y alteraciones respecto de los modelos narrativos.

En la oposición yo/enunciatario consideran los varios tipos de destinatario consignados por Eliseo Verón, pero advierten que es necesario especificar la diversidad de enunciatarios previstos desde el enunciado puesto que el enunciador ocupa un lugar vacío (el yo) y se construye a través de las opciones que hace el agente social en el ámbito de las relaciones con las instituciones, con los otros yo, el enunciado y el enunciatario. De otra manera, ¿cómo se analiza el aumento de la posibilidad de imponer significaciones si no se toma en cuenta la construcción del simulacro del enunciador como controlador de la situación y condicionador del reconocimiento de su poder por parte del enunciatario?

En la relación de los textos con lo social en términos de prácticas discursivas se impone desarrollar el *principio de coherencia*, necesario y estratégico según los investigadores, para considerar de otra manera dicha relación y superar las nociones de reflejo, mediación, refracción u homología entre el sujeto social y sus prácticas. Necesario y estratégico porque el princi-

pio de coherencia no elimina la existencia de alternativas, la posibilidad de optar.

En el capítulo cuatro “Poder hacer(se) historia”, los autores reflexionan sobre la construcción de las figuras del discurso (héroes o personajes según el tipo discursivo) y observan que más allá de la verdad histórica y de la belleza de una obra se pone en escena el control de lo que debe entenderse como verdadero y bello. Se hace inevitable aquí la referencia a Foucault y a su exploración de los dispositivos que imponen lo visible y lo enunciable, de la que los autores coligen que el poder se manifiesta sobre todo en la “capacidad de imponerse-ser aceptado”.

Toma mayor consistencia, si cabe, la construcción del agente social que había sido explorada en el primer capítulo del libro, porque las relaciones de poder se dan entre agentes sociales y el modelo teórico no los puede dejar de lado. Además, dichas relaciones de poder se dan en relación con agentes definidos por su lugar y competencias (relacionales), no con sujetos individuales.

Cuando analizan cuál es el fundamento de la probabilidad de imponerse en una relación, los autores ponen en evidencia que está articulado con cuatro factores, a saber:

1. El control diferenciado del recurso que es eficiente en la relación social específica: en la historia la transacción es un saber, es un *recurso eficiente en la relación* porque funda la probabilidad de imponer visiones y definiciones a quien de él dispone. La probabilidad de imponer sentidos en figuras de héroes, por ejemplo, tiene uno de sus fundamentos en *el manejo diferenciado del recurso implicado en la relación*.

2. La legitimidad de quien ejerce el poder: en el caso de la historiografía dicha autoridad surge de que emplea *recursos que fundan su pretensión de estar diciendo lo real*

3. La aceptabilidad de los sentidos propuestos.

4. La adhesión por parte de los destinatarios a los sentidos: aquí se analizan las estrategias no sólo para la adhesión a las representaciones de un supuesto referente sino las modalidades

(tensividad que puede convertir al enunciatario en sujeto de un estado pasional, la admiración por el héroe, por ejemplo).

Los investigadores sostienen que las prácticas no se pueden explicar por su eficacia social pero no pueden negarse los resultados que producen.

En tal sentido, la eficacia real de este mecanismo de producción e imposición de sentidos utilizado por Mitre puede ser medida teniendo en cuenta que su versión de la historia ha sido y continúa siendo la que predomina en la historia oficial, es decir, la que reproducen los textos y manuales escolares, se enseña en las aulas y se celebra en los actos patrios. (p. 88)

El libro, como vimos, se cierra con el capítulo seis, que no opera como conclusión sino que profundiza en los aspectos antes desarrollados poniendo en evidencia de qué manera los discursos no circulan por sí solos, dicha circulación está en relación con el modo en que se entienden los procesos sociales y los sujetos que en ellos intervienen. Los autores, a través del acento en el poder como *capacidad diferenciada de relación* y siguiendo a Michel de Certeau, muestran cómo se revierte el carácter unidireccional del modo de concebir el poder, dejándose así abierta la posibilidad de la resistencia al explicitarse el carácter pluri-direccional de toda relación de poder.

Por último, cabe destacar que el diálogo iniciado entre las dos disciplinas involucradas en este libro, teoría del discurso y sociología, faculta al lector para comprender de qué modo las opciones realizadas por los agentes sociales en el proceso de producción de las prácticas discursivas dejan su huella en los espacios textuales, lugar donde se despliega la competencia diferenciada del enunciatario. Aunque no figure en la bibliografía sino a través de las nociones de intertextualidad e interdiscursividad actualizadas por Angenot y Kristeva, el dialogismo bajtiniano tiene una doble presencia en *El discurso como práctica*. Por un lado, alimenta el trabajo discursivo puesto en evidencia

a lo largo de sus seis capítulos y por otro, sustenta la afirmación final de que el diálogo intertextual e interdiscursivo no sólo no borra al sujeto sino que lo afirma en una doble dimensión: como agente social y como sujeto de la enunciación.

Susana A.C. Rodríguez

César González Ochoa, *Naderías entretajadas*. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2002.

Aplicado como Borges “a las simétricas porfías / del arte, que entretaje naderías”, César González configura un texto que abre la posibilidad de añadir a la crítica de arte ese otro elemento, desconcertante para quien aún pretende establecer fronteras de género precisas, que es la creación literaria. Abordando problemas como el papel del crítico en la modernidad, la teoría en relación con el análisis literario, los vínculos existentes entre este último, la filosofía y la hermenéutica, y las características que hacen a la obra de arte a la vez inmanente y trascendente, el autor de esta serie de ensayos descubre en cada tema de análisis una red de vínculos, de modo que el objeto de reflexión se revela como un entretajado donde lo importante son las relaciones y no los componentes específicos.

Al desarrollar el discurso, González se sitúa en el punto límite entre la crítica y la escritura para trasladar a su propia práctica lo que explícitamente afirma en la primera serie de naderías —algo así como el primer trozo de un amplio tejido de palabras—, problemática disertación que no sólo cuestiona el quehacer de la crítica tradicional sino que instaaura la mirada múltiple de un texto que, de este modo, se reflexiona a sí mismo: crítica de la crítica y autocrítica.

Con el análisis de objetos de estudio (re)construidos en el interior del propio texto sin sujeción fiel a una realidad previa-

mente existente, la reflexión sobre la literatura, antes subordinada a un modelo original sobre el que debía establecer juicios, clasificaciones y explicaciones, ha ido adquiriendo autonomía respecto de él, al mismo tiempo que un proceso paralelo de valorización del simulacro o “semejanza simulada” en el ámbito literario —contra la copia platónica como reproducción de la esencia— permitió aproximar y situar en el mismo plano dos actividades hasta hace poco separadas por diferencias tanto de género como de jerarquía. La posibilidad de crear nuevos sentidos a partir del análisis de una obra literaria, conduce a González a la afirmación de la crítica-escritura (y la escritura-crítica) como género intermedio o no género que permitiría mantener y desarrollar, sin riesgo de negar uno u otro componente, la paradoja de la crítica literaria como producción autónoma que constituye un fin en sí misma y que a la vez se refiere a otro texto, iluminando algunos de los múltiples sentidos que despierta su lectura.

Ahora bien, la ruptura de límites y la pérdida del centro ontológico y ético que, de acuerdo con González, caracteriza a la literatura contemporánea acercándola a la crítica, es un fenómeno que el autor encuentra y analiza en distintos campos del pensamiento literario, científico y filosófico. El hilo conductor de *Naderías entretajadas* está dado, precisamente, por la disipación de fronteras y la inestabilidad propia del descentramiento. Así, en el ensayo sobre “Gadamer y la Hermenéutica filosófica”, el investigador se remonta a la génesis romántica de la asociación entre comprender y crear como procesos análogos. De esta relación de la cual Schleiermacher dedujo el encuentro entre autor y lector en la actualización sin malentendidos de la obra literaria, y Heidegger el fundamento existencial del ser, Gadamer subraya la relativización histórica del sentido del texto, considerado como un diálogo y no como un discurso absoluto, realizado. A partir de tal postura, el último de estos filósofos desarrolla la concepción lingüística de la hermenéutica, de acuerdo con la cual el “instrumento universal de mediación” es

el lenguaje, por lo que la comprensión es, finalmente, resultado de un diálogo entre el ser humano y el mundo. Este planteamiento, expuesto por González, disipa los límites entre comprender y crear; continuidad que implica, en el plano ontológico, la disolución de fronteras entre sujeto y objeto.

Desarrollando aún la idea del acontecer histórico e inacabado del sentido, en “La complejidad en el texto literario” el investigador parte de la incorporación del proceso de lectura al análisis textual para evidenciar la “determinación múltiple” o “sobredeterminación” de la obra literaria, considerada como devenir temporal y como acontecer que se instaura en una situación histórica específica. Una vez descrita la obra en su inmanencia de acuerdo con el conjunto de relaciones que la constituyen, el segundo paso para una explicación global consiste en el estudio de las determinaciones externas que han originado ese objeto cuya complejidad responde a una forma de estructuración semejante a la de los procesos históricos, entendidos como una “sucesión de momentos”. Una interpretación tal de la obra literaria puede efectuarse a través del “círculo hermenéutico”, de acuerdo con el cual el sentido se genera por la interacción constante entre el todo y la parte. Por otro lado, el efecto de contratransferencia inherente a este proceso interpretativo impide la recepción pasiva del texto, propiciando la participación activa del lector en lo leído. Por consiguiente, en el análisis de la obra literaria, la observación del objeto permite al observador observarse a sí mismo, adquiriendo conciencia de su propia perspectiva como factor que contribuye a la sobredeterminación del texto.

“La paradoja de Paul De Man” aborda el problema de lo global y lo local en las teorías, y particularmente en la teoría literaria, donde De Man puso de manifiesto la contradicción que entraña el hablar de la obra literaria, despojada de su función referencial y por tanto concebida como producto particular del lenguaje, empleando como medio de expresión el lenguaje mismo. Este último, metalenguaje de carácter general, está repre-

sentado por la gramática, mientras que el primero, particularizante y siempre resistente a la generalización, constituye la retórica. Ahora bien, la particularidad de la retórica impide la universalidad de la gramática; sin embargo, ello conduce a considerar universal la primacía de la retórica —es decir, de lo particular—, siendo imposible, por tanto, escapar de una teoría global que, en este caso, se ha confundido con lo local; de ahí que la “resistencia a la teoría” genere, a su vez, teoría. Tras analizar la noción de *episteme* en Foucault, que conduce a una contradicción semejante no resuelta sino por la evasión, González encuentra en la autorreferencialidad el modo contemporáneo de asumir la paradoja. Para explicar este procedimiento, recurre al concepto de autosimilitud, que designa la relación entre el todo y la parte donde el primero está contenido en la segunda, como sucede en los fractales geométricos. Asimismo, se refiere a la teoría de Gödel sobre las proposiciones matemáticas indecidibles, que generan el mismo fenómeno de resistencia a la teoría dentro de la teoría misma. Retornando luego a la paradoja de De Man, el autor concluye que ya sea que la gramática se imponga sobre la retórica, ya a la inversa, siempre será inevitable el retorno a una teoría que entraña en sí misma su propia resistencia.

El ensayo sobre “Comunicación y poesía” relaciona la función del quehacer poético en la sociedad con el sacrificio y el gasto improductivo (la fiesta, el don) de las sociedades “primitivas”. Como exceso dentro de la actividad cotidiana, la obra de arte se caracteriza por la gratuidad; en el interior de ella, el “intercambio simbólico” agota el valor de la palabra sin dejar excedentes de sentido, de modo que en este punto neutro se reinstaura la reciprocidad en el intercambio lingüístico.

Las reflexiones sobre “Simetría y repetición” constituyen un intento por explicar las obras artísticas como resultado de la superposición de dos ritmos básicos: uno, determinado por la regularidad, y otro que introduce lo irregular, lo inesperado, lo inconmensurable. Tras analizar el *número* pitagórico como pro-

porción matemática que rige el universo, el autor encuentra en la repetición el procedimiento básico que permite establecer relaciones entre los conceptos y entre los objetos. “Elemento motor de la imitación”, la repetición en sus distintas modalidades (ritmo y simetría) forma parte de todas las actividades humanas, dentro de las cuales González dedica especial atención al arte, conformado por dos tipos de ritmo: uno que afirma la igualdad y otro que introduce la desigualdad a través de acentos tónicos y cambios de intensidad. Pasando luego a la repetición como mecanismo de defensa de los organismos vivos, el investigador analiza los conceptos freudianos de “pulsión de muerte” y “pulsión de vida”. Finalmente, retomando a Greimas, se detiene en la vida cotidiana para encontrar en ella, como en el arte, un ritmo marcado por la repetición regular y un ritmo discontinuo constituido por los breves “acontecimientos estéticos” que renuevan el asombro y hacen nuestras vidas “dignas de vivirse”.

“La representación de lo irrepresentable” toma como punto de partida el *Paisaje con Priamo y Tisbe* de Nicolas Poussin y una carta escrita por éste donde describe el cuadro, para desarrollar el problema de la representación de la naturaleza (y específicamente de una tempestad) a través del discurso pictórico, y de la representación del discurso pictórico a través de un discurso verbal. Ambos intentos constituyen un desafío a la mimesis aristotélica, y suponen la selección de rasgos de un conjunto mayor (la naturaleza en el primer caso, la pintura en el segundo). La descripción verbal, por otra parte, se rige por el “principio de linealidad”, que determina el orden de los elementos representados. Retomando la teoría estoica de la representación, el autor sugiere que a través de la traducción fragmentaria temporal y espacial de la simultaneidad es posible, sin embargo, “comprender los acontecimientos a la manera del dios, en tanto que sabios”; esto es, percibir lo infinito a través de lo finito y lo irrepresentable a través de lo representado.

Los textos que conforman el libro de César González constituyen un entramado de ideas que parte de lo simple (de la hebra

horizontal, digamos) para llegar, a través de múltiples relaciones, a lo complejo. Las definiciones claras y precisas de los términos, con que comienzan casi todos los ensayos, son parte de un estilo que tiende a pulir la palabra para que a través de ella, como de un cristal, el lector pueda observar la trama del mundo y del pensamiento —sin olvidar, por otra parte, que mundo y pensamiento son inconcebibles fuera de la mediación del lenguaje. Este interés por colmar de significación cada término utilizado, de manera que el texto se baste a sí mismo, es quizá el elemento que de manera más evidente identifica *Naderías entretrejidas* con la crítica-escritura que propone el propio González. La autosuficiencia de la obra, determinada además por el desarrollo de ideas originales que introducen el elemento creativo, permite considerarla no sólo un metatexto que ilumina el sentido de otros escritos, sino también un texto completo en sí mismo; un sistema cerrado y abierto a la vez.

Esta serie de ensayos representa un cuestionamiento profundo a las demarcaciones tradicionalmente establecidas entre los distintos campos del conocimiento y de la experiencia. Al disipar las fronteras entre crítica y escritura literaria, comprensión y creación, sujeto y objeto, lo global y lo local, lo representable y lo irrepresentable, González introduce la inestabilidad y el desequilibrio en la teoría. Se trata, pues, de una actitud y una forma de construcción del conocimiento que se suma necesariamente al cambio de paradigmas del pensamiento contemporáneo, en una época que Calabrese bien ha definido como “neobarroca”.

Verónica Estay Stange